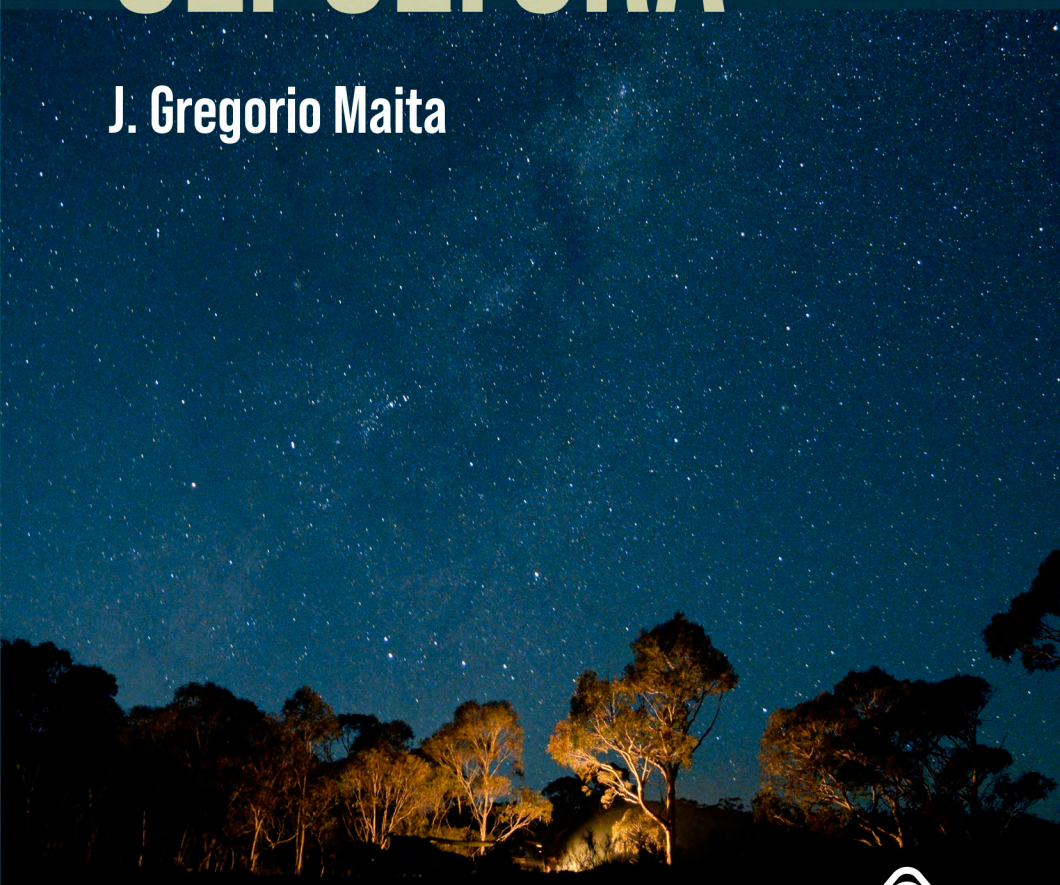
I BIENAL NACIONAL
DE LITERATURA APACUANA
DRAMATURGIA - 2022

SANTA SEPULTURA

J. Gregorio Maita



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Santa sepultura

I Bienal Nacional de Literatura
Apacuana
Género Dramaturgia
GANADOR 2022

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Santa sepultura
© J. Gregorio Maita

Diseño de portada
José Gregorio Vásquez

Corrección
Olga Molina

Diagramación
Odalis Vargas

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026 Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio. Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.04.44
www.monteavila.gob.ve

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal n.º DC2026000232
ISBN 978-980-01-2605-9

J. Gregorio Maita

Santa sepultura

I Bienal Nacional de Literatura Apacuana 2022

Género Dramaturgia

VEREDICTO:

El día de hoy, domingo 6 de noviembre de 2022, el jurado evaluador designado para la I Bienal Apacuana de Dramaturgia Nacional 2022, integrado por JOSÉ GUSTAVO MELÉNDEZ, C. I. V-638.358; JOSÉ GREGORIO CABELLO PATIÑO, C. I. V-5.215.972; y, JORGE COGOLLO, C. I. V-17.287.062, llevó a cabo la deliberación para la selección del ganador de dicha bienal. Después de evaluar las 34 obras postuladas, acordó, por unanimidad, declarar ganadora la obra ***SANTA SEPULTURA***, identificada con el seudónimo **Virgilio Cruz** que al abrir la plica resultó ser de la autoría de: **JOSÉ GREGORIO MAITA PULGAR**, C. I. V-15.185.681, por: «abordar un tema complicado, como la fragmentación de la familia venezolana, usando como herramienta un humor inteligente, y teniendo como base un lenguaje contemporáneo que permite a los personajes sostener un ritmo acorde a la comedia, sin dejar de la mano los elementos poéticos que dan salida al hecho trágico y trascendente de la muerte. El autor maneja la estructura dramática con un gran virtuosismo logrando un entramado de acciones que nos llevan a un final impactante y sorpresivo para el espectador».

El jurado firma la presente acta en prueba de conformidad con los resultados.



J. Gustavo Meléndez



José Gregorio Cabello



Jorge Cogollo

El Premio Apacuana de Dramaturgia Nacional, fue creado por la Compañía Nacional de Teatro (CNT) en el año 2015, con motivo del centenario del nacimiento del dramaturgo y pintor venezolano César Rengifo, y en homenaje a su obra teatral *Apacuana y Cuaricurián*.

Este premio se transformó en bienal en el año 2022, integrándose la alianza CNT, CENAL y Monte Ávila Editores Latinoamericana, denominándose I Bienal Apacuana de Dramaturgia Nacional, y la obra ganadora, *Santa sepultura*, de José Gregorio Maita Pulgar.

Santa sepultura, fue estrenada por la Compañía Nacional de Teatro, el 9 de noviembre de 2023, en el Teatro Alberto de Paz y Mateos, con actores del elenco estable: Yurahy Castro, Luís Enrique Torres, Angélica Rinaldi y Omar Churión. Bajo la dirección de José Luís León.

La bienal, a partir de la segunda edición en 2024, pasó a denominarse Bienal Nacional de Literatura Apacuana.

A Santiago, Victoria, Micael , y por supuesto Alessito.

L'enfer est la citation des autres.

Huis clos

Jean-Paul Sartre

PERSONAJES

Aarón (50)

Karen (47)

Raquel (45)

Darío (38)

ESCENA ÚNICA

(*El escenario es una sala en el lado izquierdo contigua a una cocina a la derecha separada por una pared hueca que sirve de desayunador. No hay comedor, o por lo menos, no se ve. Tam-bién está presente la puerta de entrada en el extremo izquierdo a la casa de Raquel junto a una ventana.*

Al principio todo está oscuro. Solo se escucha el llanto inconsolable de Raquel. A los segundos una luz la ilumina desde arriba. Está sentada en uno de los bancos del desayunador encorvada. Su llanto, cada vez más profuso, va acompañado de leves golpes de pecho, hasta que suena la cafetera. La iluminación de la cocina se enciende.

Raquel va a atender el café cuando suena el teléfono. La mujer esculca entre las superficies de la cocina hasta que lo encuentra. Al mirar la pantalla hace una mueca y contesta como si nada).

Raquel: Aló.

Aarón: Aló.

Raquel: Épale.

Aarón: ¿Qué más? ¿Cómo está la vaina? ¿Llegó la gente?

Raquel: La vaina está bajo control (*saca una servilleta del servilletero y se seca las lágrimas*). La gente no ha llegado.

Aarón: ¿Y Darío no andará por ahí?

Raquel: No, chamo. La gente no ha llegado.

Aarón: (*no escucha bien*) ¡Darío!

Raquel: ¿Y Darío no es gente acaso? (*algo molesta*)

(*Suena el timbre.*)

Raquel: Ya va, que están tocando el timbre.

Aarón: ¿Será Darío?

Raquel: Déjame ver si es Darío.

(*Raquel va hacia la puerta. Se ilumina la sala a su paso. El mobiliario lo componen un sofá de tres puestos, una mesita de centro delante de este, y un sofá individual del lado izquierdo que mira hacia la cocina. Raquel abre la puerta.*)

Raquel: Marisca, no. De pana (*Entra sin hacer caso de Raquel*). No entiendo cómo es posible que vivan así, con esa oscurana. Parece una boca e lobo esa entrada. Y los vecinos tuyos (*camina hasta quedar en el desayunador mientras se desabotona la chaqueta y deja su cartera en uno de los bancos*), y la basura, y la musiquita que ponen. Esa gente como que en su vida, nada de nada, de educación.

Raquel: (*con Aarón*) No es Darío.

Aarón: Coño, chama, ¿¡Qué pasó con Darío!? ¿Por qué no me contestas?

Karen: (*continúa*) Pero nada como el tráfico. En esta mierda no puede caer un poquito de agua porque todo se inunda, se cae, se jode, y la gente a esta hora que parece poseída por Chucky y no piensa un carajo…

Raquel: ¡Darío no está!

Aarón: Ajá, pero, ¿dónde está?

(*Raquel cuelga el teléfono.*)

Karen: …en los demás, en si uno tiene que llegar a un sitio rápido. Menos mal que esto no es una emergencia

así muy arrecha que digamos porque ¡verga! Imposible. Todo hecho mierda.

Raquel: Hola, chama.

Karen: Dame café es lo qués…

Raquel: Ahí está. Dónde lo dejaste la última vez.

Karen: Viste que esa cafetera es una maravilla.

Raquel: Sí, vale. Una joya.

(*Karen entra a la cocina, toma la jarra de café y por un instante queda extrañada.*)

Karen: ¿Te dije cuánto me costó cuando la compré? (*Karen, extrañada, hace una pausa*) ¿Dónde están las tazas?

Raquel: ¡Bienvenida a mi casa! Mucho gusto. Soy tu hermana.

Karen: Marica, en serio, ¿dónde están las tazas?

Raquel: Esta es mi casa. Te la presento. Me imagino que no la habías visto nunca.

Karen: ¿Será que puedes responder una simple pregunta? Como si uno estuviera pa estar perdiendo el tiempo.

Raquel: Allá, detrás de ti, hay unos gabinetes. Se parecen a unos que tenía la hermana mía hace unos cuantos años, en su primer apartamento, con su primer marido.

Karen: ¡Coño de la madre, Raquel!

(*Hacen una pausa. Suena el teléfono.*)

Karen: Contéstame antes de contestar el teléfono, por favor. O hay que jalarte bola pa…

Raquel: El segundo de la izquierda (*señala con la boca*).

(*Karen sonríe por un momento, aplaude aniñada y va hacia el gabinete*.)

Raquel: Aló.

Aarón: Verga, pana. Será que tú puedes contestar una simple pregunta…

Raquel: ¡Coño! (*mirando a Karen*) Si hasta parecen hermanos.

Aarón: ¿De qué coño hablas?

Raquel: Chamo. No sé dónde está Dar…

(*Suena una taza rompiéndose al caer al piso*.)

Raquel: Chama. ¿Y entonces? (*cuelga y va hacia la cocina*.)

Karen: Ahora sí me acuerdo de la vaina.

Raquel: (*ya en la cocina*) ¿Me vas a tumbar la casa?

Karen: Este era el gabinete cuando vivía con Ovidio. Mamagüevo ese.

Raquel: Deja de estar hablando paja y ayúdame.

Karen: (*indignada mientras toma una taza y se sirve café*) Ni Héctor, que no era santo de mi devoción, era tan grosero conmigo. Con todo y las diferencias que llegamos a tener, el carajo era más educado que la hermana mía. No te digo yo.

(*Karen camina a paso firme hasta el sofá grande. Raquel respira profundo, va por la escoba y la pala en una esquina de la cocina, vuelve a suspirar, suelta todo y va, rauda, a la sala con la intención de decirle algunas cosas a Karen, cuando vuelve a sonar el teléfono*.)

Raquel: ¡Aló!

Aarón: (*la lluvia y los ruidos de fondo lo hacen hablar alto*) ¡Estoy en la parada del Centro Comercial Boves! Por aquí está lloviendo y no pasa carro. Dile a Darío cuando lo veas que por favor si tiene chance, pase por aquí recogiéndome.

Raquel: Ok. ¿Eso es todo, su majestá?

Aarón: Por ahora.

(*Raquel cuelga. Destella un relámpago cuya luz aturde la sala. A los pocos segundos, le sigue el trueno.*)

Karen: Viene lluvia.

Raquel: Mira, «viene lluvia», más allá de lo «educado» de Héctor, ¿será que puedes, por «educación», ayudar a limpiar el desastre que dejaste?

(*Karen ríe a carcajadas. Suena el timbre de forma insistente.*)

Karen: Pero si esta no es mi casa…

Raquel: (*con la respiración acelerada*) Ok. Tá bien. (*pausa*) Abre la puerta, que ese por la forma de tocar, debe ser Darío.

(*Raquel vuelve a la cocina a terminar de recoger. Karen deja su taza de café en la mesa de centro, y con parsimonia se levanta hasta llegar a la puerta. Cuando la abre, es Darío. Este entra y los dos se abrazan largo y tendido mientras lloran. Raquel los observa con cierta estupefacción y rabia.*)

Darío: ¡Qué arrecho, chama!

Karen: Verga, sí. Nunca me imaginé en este peo. Siempre pensé que mi mamá nos iba a enterrar a todos.

Darío: No me lo vas a creer, pero justo eso hablaba con Lucía hace como dos o tres meses. Justo hablaba con mi mamá y ¡pum! le solté eso de que esa doña era tan dura que nos iba a enterrar a toditos nosotros.

(*Karen hunde su rostro en otro ataque de llanto. Darío la abraza y besa en la frente. Raquel termina y va hacia la sala.*)

Raquel: ¡Épale, chamito! ¿Y pa mí no hay abrazo?

(*Darío suelta a Karen y abre los brazos para Raquel que acelera el paso.*)

Darío: Claro que sí (*levanta a Raquel del suelo por un instante y se besan en la mejilla*).

Karen: ¡Ya pues!

(*Darío y Raquel se sueltan y miran a Karen de soslayo.*)

Raquel: ¡Carajo! Tú sí te puedes quedar pegá con él y yo no. (*Con Darío*) ¿Tú has visto?

Darío: ¿Y Aarón?

Raquel: Eso mismo te quería preguntar, gran carajo. ¿Por qué usté no se comunica con su hermano a ver si necesita una cola, una vaina, y se lo trae?

Darío: ¿Por qué no me llama él? ¿Ah? Él es un viejo ya. Que abra la boca. No sea marico.

Raquel: Sí. La vaina es que entonces el peo me cae es a mí, la más pendeja.

Darío: ¿Cuál peo? ¿Dónde está?

Raquel: Ahí en la parada del Centro Comercial Boves.

Darío: (*ríe*) Y acabo de pasar por ahí. Qué bolas. Deja que lo llamo pa echale verga.

(*Suena el teléfono de Raquel. Le muestra la pantalla a Darío.*)

Raquel: Hablando del rey de Roma.

Darío: Dame (*le quita el teléfono a Raquel*). Aló.

Aarón: Verga, chama. ¡Qué coño te pasa! Me colgaste dos veces. Ná güevoná.

Darío: Cómo que chama, pajúo.

Aarón: Mielda… Épale, chamín. A buena hora te consigo. ¿Qué le pasa a tu teléfono?

Darío: A mi teléfono no le pasa nada. Ahora, si me hablas de la línea, ese es otro peo.

Aarón: Ya qué carajo. Voy en un taxi para allá.

Darío: Dale.

(*Aarón cuelga y Darío queda extrañado.*)

Darío: Está como sensible el hombre (*le da el teléfono a Raquel*). ¿Hiciste café?

Raquel: Claro, mi amor. ¿Cómo lo quieres? ¿Con canelita y chocolate? ¿Crema batida? ¿*Ice cream*? Perdón, ¡*Gelato*!

(*Raquel por un instante se queda esperando la respuesta de Darío, pero él, al no escucharla, se sienta al lado de Karen. Raquel va a la cocina a servirle el café a su hermano. Se apaga la iluminación de la cocina.*)

Karen: Chamo. De pana. Cuando Aarón me llamó yo estaba en la piscina y justo se me había salido el anillo. Y el teléfono sonaba y sonaba, y yo como que, con un pálpito, pero coño, no iba a dejar que se me perdiera de vista la argolla. ¡Imagínate! Me mata

Pascual. Con las ganas que tiene de ahorcarme. Tremenda excusa.

Darío: No joda. Yo estaba afeitándome cuando Lucía, que ahora le dio por estar agarrándome el teléfono, vio el mensaje de Aarón, porque no sé qué pasa que desde el mes pasado las llamadas de Aarón no me entran.

Karen: Las líneas…

Darío: Sí, sí. Ya no sirve una verga de nada. Total, que cuando estoy con la hojilla en plena yugular, es que escucho el grito de Lucía. No sé si me corté (*levanta el cuello para mostrarle a Karen*) porque de ahí en adelante ando como si la vaina fuera un sueño.

(*Entra Raquel con la taza en la mano.*)

Raquel: (*burlona*) Es un sueño hecho «realidá».

Karen: Raquel. Te voy a pedir encarecidamente que, por favor, por lo menos esta vez, muestres un poquito de respeto a la memoria de mi mamá.

Raquel: Esta no es tu casa (*le saca la lengua*).

(*Raquel extiende la taza a Darío. Él la recibe y frena.*)

Darío: ¿Tiene azúcar?

Raquel: ¡Claro! Sin azúcar no tiene gracia.

Darío: *Sorry.* Ahora no estoy tomando café con azúcar.

Raquel: Chamo. Me hubieras avisado, que el azúcar y el café no me los fían en la bodega.

Karen: Carajo, Raquel. ¿Te vas a poner con esa vaina?

Raquel: ¿Cuál vaina?

Karen: Miserable… (*se levanta en dirección a la cocina. La iluminación de la cocina se enciende.*)

Raquel: ¿Pa dónde vas?

Karen: A hacerle el café a Darío sin azúcar.

Raquel: Mija, ¿no entendiste?

Karen: Pero si habíamos quedado desde temprano en reunirnos aquí porque tu casa es la más céntrica de todas, entonces no entiendo. Si te hacía falta café y azúcar, ¿por qué no avisaste?

Raquel: Ustedes saben perfectamente cuál es mi situación económica. No entiendo por qué, cada vez que nos reunimos, tengo yo que estar jalándole bola a MIS HERMANOS pa que colaboren. Si no les sale del forro (*nota que Darío saca su teléfono*) no insisto más. Pero tampoco… (*con Darío*) ¿Qué estás haciendo?

Karen: ¿Le echaste azúcar a la jarra del café o a cada taza por separado?

Darío: Te voy a transferir pa' que no te sigas quejando. Vas a llenar de mala vibra la reunión.

Raquel: (*con Karen*) A la jarra. Verga, Darío. ¿Más mala vibra que la reunión en la que vamos a hablar de la muerte de mi mamá?

Karen: Darío, te jodiste. Espera la segunda ronda.

(*Karen regresa poco a poco al sofá. La iluminación de la cocina se apaga. Suena el timbre. Raquel, con la taza humeante en la mano, va a abrir la puerta. Entra Aarón.*)

Darío: Ya te transferí (*guarda el teléfono*).

Aarón: ¡Épale! (*toma la taza sonriente*). ¡Qué eficiencia! *Thank you very* muchote. Ahora sí te perdono por trancarme el teléfono.

(*Aarón ignora a Raquel y sigue hacia donde están sus otros hermanos. Destella el relámpago y resuena el trueno tres segundos después*.)

Aarón: (*con Darío*) Chamo, ¿qué le pasa a tu teléfono?

Darío: Las líneas, que no sirven pa' una mierda. (*Darío se levanta y abraza a Aarón. Resuenan los palmazos en la espalda. Ambos contienen el llanto*.)

Aarón: Épale, Karen. ¿Qué pasó?

Karen: Épale. Aquí mijo. Aguantando la pela.

Aarón: Carajo. Si te cuento mi historia lloramos todos.

Raquel: Sería el deber ser (*va hacia la cocina a servirse café. Las luces de ese espacio permanecen apagadas*).

Aarón: (*suspira*) Pues sí. Tremendo palo de agua que cayó de repente. Menos mal que pasó un pana y me dio chance de pegarle un grito y se paró. Claro que la carrera me la cobró como si fuera pa Houston. Pero llegamos, que es lo importante. Déjame sentarme por aquí.

(*Al sentarse Aarón en el sofá individual, aparece Raquel en la sala y permanece de pie*.)

Aarón: ¿Y Lucía?

Darío: Bien, marico. Bien. Quejumbrosa como siempre, pero ahí. Llevadera, ¡todavía! Anda medio nerviosa porque me compré una 38 pa no andar porai con el carro…

Aarón: (*interrumpe a Darío para hablar con Karen*) ¿Y tú? ¿Cómo sigue Pascual con el negocio con los turcos?

Karen: No, chamo. No vine aquí a llorar dos veces. Lo siento.

Aarón: (*sorbe el café.*) Tá bueno el café, como siempre Raquel. Cargao.

Darío: Habla bro, que me tengo que ir temprano y mañana va a ser un día largo.

Aarón: Ok, ok. En primer lugar, quiero darles las gracias por venir…

Karen: Qué verga…

Aarón: …a esta reunión, que, si bien era de alguna forma inevitable, sé que en medio de nuestras diferencias como familia hemos podido sacar un poco de tiempo, que no es mucho y en medio de nuestras ocupaciones diarias, pues, eso vale.

(*Raquel le hace señas para que se apure.*)

Aarón: Ya voy pa'llá. El tema que nos ocupa es, por supuesto, el fallecimiento intempestivo de nuestra señora madre. Obvio que nadie se lo esperaba. La última vez que la vi fue hace como dos semanas que pude viajar pa'llá y pasé por su casa porque me tenía unas verduras para hacer una sopa y cuando entro estaba en plena rumba con parrilla y todo con el viejo Julio.

Karen: Chulo mamawevo.

Aarón: (*ríe*) Tás un poquito agresiva Karen Beatriz.

Darío: Chola, Aarón, ¡por el amor de Dios!

Aarón: Mi mamá (*impone su discurso*) estaba bien hasta ayer que le dio un preinfarto. Por lo que me cuenta el viejo Julio corrieron a la clínica, la atendieron rápido, pero surgieron complicaciones con «una gripe mal curada» que, a según, tenía meses con esa vaina, y le dio un paro respiratorio y no hubo manera de resucitarla en la clínica. Falleció a eso de las tres de la mañana de hoy.

(*Darío y Karen empiezan a llorar en menor y mayor intensidad respectivamente, pero sin exagerar. Aarón los observa y después dirige su mirada hacia Raquel.*)

Raquel: A mí ni me veas, que desde antes de que ustedes llegaran, eché mi lloraíta.

Karen: (*llorosa.*) No me hagas hablar, Raquel.

Raquel: Habla lo que te dé la gana: «Estás en tu casa».

Aarón: No vayan a pelear que no nos estamos reuniendo pa eso.

Darío: ¡Habla pues, carajo!

Aarón: El abogado de mi mamá se comunicó conmigo en vista de que la posibilidad de ir hasta allá en estas circunstancias, país, gasolina, tiempo, pelazón… es complicado, y me adelantó algunas cosas bien interesantes con respecto al peo de la herencia.

Karen: Chamo. Das más vueltas que mojón en poceta.

Aarón: Pues bien, señores. Mi mamá no nos dejó nada en herencia. Todos sus bienes, dinero y negocios que ella heredó de mi papá pasarán inexorablemente a manos del viejo Julio y sus hijos. De hecho, pasaron desde hace un tiempo ya, y no hay derecho a pataleo.

(*Pausa. Se miran tensos.*)

Karen: (*indignada*) ¡El coñísimo de su puta madre! ¡Vieja e mierda!

Raquel: Ajá. Se le salió la clase a la condesa (*ríe*).

(*Karen se levanta del sofá enfurecida. Darío la agarra.*)

Karen: Yo no entiendo el chistecito. Sobre todo, pa ti que eres una pobre plasta e mierda que no tiene un coño y que todo lo que tiene es de lo que a mí me sobra, mamagüeva.

Darío: Karen. Cálmate.

Raquel: Yo recibo lo que me es útil, y todo lo que me has dado es porque te ha dado la gana de dármelo, no porque te lo haya pedido. Y por lo menos yo no ando de puta con la familia del marío mío pa que me incluyan en negocios de dudosa procedencia, corrupta de mierda. Evadiendo impuestos, botando empleadas embarazadas, importando mierda de mala calidad y vendiéndola a precio de oro. Así es muy fácil hacé plata.

Aarón: ¡Cálmense, vale!

Karen: ¿Por qué tienes que estar metiéndote con Pascual? Él por lo menos tenía rial, a diferencia del marico de Héctor que nunca tuvo un coño y ni siquiera te pudo dar una vida medianamente decente.

(*Raquel lanza la taza de café hacia Karen, fallando por poco.*)

Aarón: ¡Coño! ¿Qué pasó? (*va hacia Raquel para sostenerle las muñecas*). Cálmense, coño. ¿Qué vaina es?

Darío: Tú te quedas quieta aquí. Y tú (*con Raquel*), vamos a ver si dejamos la violencia. Las vainas no pueden ser así.

Aarón: (*por lo bajo*) Yo entiendo que puedes estar bastante tensa. Sé que de todos los que estamos aquí, tú en particular no la has tenido fácil, y por mucho que disimules también sé que en algo debió importarte mi mamá. Pero romperle una taza en la cara a Karen no va a solucionar un coño, así que por favor (*voltea para hablar con ambas*), vamos a mantenernos tranquilos, por favor.

Karen: Ya va. Pero, ¿quién te dio a ti dirección de debate en la mierda esta?

Aarón: (*con Darío*) ¿Ves la vaina?

Darío: Karen. Ya. Deja la paja.

Karen: No. Pero es que esto es de campeonato. La señora que vive de las migajas de uno, y EL SEÑOR que vive de lo que le roba a uno.

Aarón: Karen. No vamos a empezar a discutir…

Karen: En pinga e peo me metí yo con Pascual por ayudar por enésima vez a uno de mis hermanos. ¡Puro cuervo en esta mierda!

Darío: Me vas hacer arrechar, Karen. Cálmate. A mí no me metes en ese saco.

Karen: No estoy hablando contigo. Hablo de los dos par de cuervos estos, que en lo que necesitan de uno, ahí sí. Agachaítos.

Darío: ¡Me voy pal coño!

Aarón: ¡Epa! Ya va.

Raquel: Bien buena la vaina (*ríe nerviosa*).

Karen: Me voy contigo entonces.

(*Darío y Karen van hacia la puerta. Aarón se planta delante.*)

Aarón: Señores, por favor. No hemos terminado de hablar.

Darío: No voy a seguir hablando un coño e madre de nada en este peo. De verdad. Mi mamá acaba de morir. Que, con sus defectos y todo, era mi mamá.

Aarón: Era la mía también. Cálmate.

Karen: Tan tuya era que le hiciste la vida imposible en lo que había chance.

Aarón: Karen, por favor…

Karen: ¿Es mentira?

Aarón: Ese no es el tema ahora. La idea es resolver…

Karen: ¿Qué es lo que vamos a resolver?

Darío: Aarón (*agresivo*). Dame un permiso.

Aarón: (*con Darío*) Chamo. Ya va. No te vayas (*toma a Darío del brazo y este lo aparta*). Achanta un pelo. Karen, por favor. Eso lo podemos discutir en otro momento. Si empezamos a recriminarnos cada vaina, llegamos a los tiempos de Caín y no resolvemos nada.

Karen: Pero eso es lo que te estoy preguntando y no me respondes. ¿Qué es lo que vamos a resolver si ya mi mamá nos dejó por fuera de todo?

Darío: (*temblando de rabia*) Aarón, dame un permiso que me voy.

Aarón: Darío, hermanito. Te pido encarecidamente que me escuches. Faltan todavía unas cosas por resolver antes de…

Darío: Para mí, sí.

Aarón: Ajá, pero dame chance. Si en cinco (*se arrepiente*), diez minutos, no te interesa nada de lo que voy a decir te dejo tranquilo pa que te vayas. Vamos a hablar. Siempre, ¡siempre! En medio de cualquier circunstancia, siempre hemos tenido la… la entereza de sentarnos a hablar.

Raquel: Sí. Pero pa hablar paja.

Aarón: Coño, ¿tú también?

Raquel: Mira, Aarón. Y eso que quede claro pa toditos. Accedí a tener esta reunión en mi casa para que terminemos de aclarar ciertas cosas. Esa paja de que «siempre hemos tenido la entereza de hablar», es buche y pluma. En esta familia llegaron a pasar las desgracias más arrechas del mundo, y lo que hicimos siempre fue dejar que las aguas corrieran y que entonces, algún acontecimiento fuera de orden nos permitiera reunirnos nuevamente. Pura metedera de vainas debajo de la alfombra. Cero RESOLVER, ASUMIR ¿A qué nos reuníamos? A hablar paja. A evadir.

Aarón: Ok. Supongamos que tienes razón. Entonces hagamos algo distinto y no evadamos. Vamos a suponer que vinimos a reunirnos aquí para hablar de la muerte de mamá, y para enfrentar las vainas. ¿Ok?

(*Raquel suelta una risilla. Darío se relaja y mira a Karen. Esta le hace una seña como preguntando qué van a hacer, mientras Aarón los invita a sentarse nuevamente en el sofá.*)

Aarón: Por favor, Darío, Karen… Raquel, ¿no hay más café?

Raquel: ¡Pero si todavía no se han terminado de tomar el que les preparé! (*pausa*) Lo que queda es un poquito pa más tarde.

(*Una vez sentados Darío y Karen, habla Aarón.*)

Aarón: Yo sé que la situación es apremiante. En estos momentos es cuando a uno se le revuelven los recuerdos. Por lo general, cuando los padres se mueren, uno lo que tiende es a recordar lo bueno. A mí, particularmente, se me hace muy difícil recordar un buen momento con mi mamá (*ríe*). De repente ustedes, sobre todo Darío que es el menor, tendrá recuerdos mejores. Digo yo… Pero como soy el mayor, lo que me viene a la cabeza eran los peos de mi mamá con mi papá. Esa película me la calé de cabo a rabo.

(*Aarón y Karen se toman sus cafés en varios sorbos hasta terminarlos. Raquel recoge las tazas, —cuando recoge la de Karen lo hace a la defensiva— y las lleva al fregador. Las luces de la cocina permanecen apagadas.*)

Karen: ¿Y yo? Ná güevoná. Si me acuerdo que recién muerto mi papá, ¡y te estoy hablando de días! ni dos semanas… Yo tendría como once o doce años. Estábamos en el cuarto de nosotras con Darío que tendría dos o tres, y escuchamos unos ruidos (*a Raquel*) ¿te acuerdas de eso, Raquel?

Raquel: Sí, señor (*desde la cocina*).

Karen: Entonces nos vamos callaítas poco a poco pa la sala y cuando prendemos la luz, mi mamá toda rascada tirando con el vecino.

Raquel: Y la coñaza que nos dio (*entrando en la sala. Se mantiene del lado derecho, de pie*).

Darío: Apenas me acuerdo de mi papá, pero siempre me pareció rara esa manía de mi mamá de, cada vez que salía el tema, decir cómo la trataba (*los hermanos asienten*): que no la trataba como ella quería o merecía, que vivía pendiente de los negocios nada más…

Aarón: Mira que tampoco era que papá era un SANTO.

Raquel: *Not at all!*

Karen: Yo en estos días estaba comentando eso con Pascual: el cómo de una manera, no sé cómo decirlo… ¿jodida? (*ríen*) ¡De pana! Eran como el uno pal otro.

Aarón: Síp.

Raquel: Se acuerdan una vez que íbamos pal campo de mi abuelo y que la entrada del caserío ese quedaba como a veinte kilómetros de la casa de mi abuelo como tal, y mi papá nos bajaba de la camioneta y a correr se ha dicho.

Karen: Verga. Sí.

Aarón: No me voy a acordar. Si más de una vez me tocó levantarlas a alguna de ustedes dos…

Raquel: Sobre todo a Karen (*ríe*).

Karen: No joda. Si yo todavía pisando los cincuenta voy caminando normal y me caigo como una pendeja.

Aarón: El único que se salvó fue Darío.

Karen: Muy chiquito pa ponerlo a correr esos maratones.

Raquel: Y cuando nos lanzaba de la lancha pa nadar hasta la orilla por allá por Mochima.

Karen: Loco e mierda.

Aarón: Y era arrecho porque en el caso de la camioneta, yo recuerdo que corría al lado, pegaíto, y lo que veía en el retrovisor era a mi mamá riéndose.

Karen: Eran unos sádicos.

Aarón: Por eso digo que tal para cual.

(*Una pausa donde se escuchan dispersas risillas incómodas*.)

Raquel: ¿Ustedes creen que si hubiera sido mi mamá la que muriera primero, mi papá habría sido mejor?

Aarón: No.

Karen: No.

Darío: Será que cambiamos de tema, que de verdad me tengo que ir.

(*Darío llora quedo. Karen soba su espalda como consuelo*.)

Aarón: (*hace una mueca viendo a Darío*) Al tema, pues. Les explico el asunto que tampoco es así como que ella hizo el testamento y nos dejó por fuera y sansea-cabó. Que eso es ilegal.

Raquel: Carajo.

Karen: Entonces no nos jodió…

Aarón: No. Ya va. Mi mamá NOS JODIÓ (*ríe*). De eso que no les quepa la menor duda. Les explico. Ella con el pasar del tiempo fue cediendo la administración de los negocios a los hijos del viejo Julio. Por eso les decía que «*that ship has sailed*». Yo mismo en más de una oportunidad me acerqué, en los pocos chances que tuve de viajar para allá, de ver cómo iba la cosa, y de verdad lo tengo que admitir, todo

se veía bien. Se notaba la reinversión y expansión, particularmente del restaurante y el bodegón. Aunque en verdad todos los negocios habían crecido y mejorado de alguna manera.

Raquel: Coño e su madre.

Karen: ¿Qué pasó?

Raquel: Nada.

Aarón: Ok. Ella fue cediendo en vida, tanto los negocios como los bienes. La casa y los dos apartamentos los repartió callaíta la boca.

Karen: Coño e su madre.

Raquel: Eso mismo.

Aarón: (*suspira*) Esa repartición no sé en realidad los detalles de quién, cómo y cuándo, y creo de pana que a estas alturas ya no importa. No hay manera de reclamar esa vaina porque está fuera del marco jurídico referente a lo que es la herencia.

(*Darío deja de llorar.*)

Darío: Ay, Dios mío.

Karen: ¿Te sientes mejor?

Darío: No. Pero, qué carajo.

Aarón: Todo lo anterior no indica que la doña no haya dejado un testamento.

Karen: A verga pues…

Raquel: (*riendo*) Yo sigo tratando de no sorprenderme de mi mamá, pero nada. Siempre hay una nueva forma de…

Darío: (*con Raquel*) ¡Ya, por favor! Aarón, continúa.

Aarón: ¿Ustedes se acuerdan del Chevette de mi tío Rubén, que mi mamá se lo compró a él para dármelo a mí y al final tanta fue la ladilla de Henry…

Karen: ¿Henry? ¿No era Alberto el marinovio de mi mamá en ese momento?

Aarón: No. Era el plasta e mierda del Henry.

(*Darío se inquieta*.)

Karen: Ok (*soba a Darío para tratar de tranquilizarlo*). Ok.

Aarón: Alberto también era un plasta e mierda (*ríe*). Bueno. Ese carro, o lo que queda de ese carro, es el testamento.

(*Raquel ríe a carcajadas hasta el punto de dar vuelta sobre sí misma y reposar sobre el desayunador. El resto la observa sin mucho reparo por unos cuantos segundos*.)

Aarón: A mí más bien, cuando el abogado me llamó y me echó toooodo el cuento, me dieron ganas de llorar.

Darío: Ésito, mare.

Karen: No joda. Eso lo que da es arrechera.

Raquel: (*recuperándose, voltea hacia ellos*) De pana. Pero ya pa qué…

Aarón: El asunto con el carro, y lo digo ya de forma anecdótica, es que es una chatarra inservible, y en caso de pelear por eso solo nos tocaría el 25 por ciento del carro, pues el viejo Julio ya tiene el 50 por ciento por ser cónyuge, y el otro 25 por ciento por ser sobreviviente de la doña.

Karen: O sea. Que tendríamos que dividirnos el 25 por ciento de una chatarra entre los cuatro.

Aarón: Exactamente.

Karen: No joda. Con eso no pagamos ni las fotocopias.

Aarón: Por eso dije que es una vaina más o menos anecdótica porque ni pa qué discutirlo.

Darío: Y el viejo Julio es muy capaz de pelear por esa vaina. Conociéndolo…

Raquel: (*asiente risueña*) ¡Ay! De verdad que le tengo que reconocer a mi mamá el nivel de sadismo. (*Mirando hacia abajo*) Te la comiste, chama. Buena esa.

Aarón: Entonces, al meollo. No crean que todo es malo.

(*Los tres hermanos asumen seriedad.*)

Aarón: Por lo que le entendí al abogado, hay una cláusula en el testamento que se refiere a la disposición del cuerpo con respecto a la sepultura. El tipo me explica que no dice exactamente sepultura, pero que sí lo hace con respecto a la disposición, el peo con el funeral, el velatorio, toda la vaina.

(*Los hermanos atentos.*)

Aarón: Y lo interesante del asunto es que habla de los gastos funerarios.

Karen: ¿No me digas que tenemos que pagar por esa vaina?

Raquel: ¡Ya sé! La enterramos en el Chevette…

(*Karen aplaude. Darío resopla, risueño y resignado.*)

Aarón: Coño, ya va. Achántense. En el testamento dice explícitamente que los gastos funerarios deben ir a costa de ELLA.

Karen: Entonces dejó plata la coña…

Aarón: ¡No!

Raquel: Chamo. Suéltalo…

Aarón: Pa'llá voy. Al parecer una de las cláusulas para el traspaso de los bienes en vida de mi mamá, entre otras vainas como «prohibido enajenar y gravar mientras ella estuviera viva», está lo de sus gastos funerarios. Es decir, que los hijos del viejo Julio, así como el viejo Julio, están obligados a pagar por la disposición del cuerpo de mi mamá, pero que la FORMA de la misma queda a voluntad de nosotros.

Karen: ¡Ja! (*aplaude*).

Aarón: Eso es un resquicio que nos permite de una u otra manera desquitarnos un poco con respecto a la sacada de culo que hizo mi mamá.

Raquel: ¿Cómo es eso?

Aarón: Te lo explico. Si nosotros en esta reunión, que pa eso los convoqué, decidimos, qué te digo yo, enterrar a mi mamá, ¿eso en cuánto sale?

Karen: Un primo de Pascual se murió hace poco y la vaina salió en más de dos mil dólares.

Aarón: Ajá. En ese caso serían quinientos para cada uno.

Karen: Claro. El tipo tenía plata y la familia no escatimó.

Darío: Y tampoco serían dos mil netos, porque habría que hacerle todo el funeral.

Aarón: Ajá. Pero escuchen. ¿Y si de repente no le hacemos un entierro, sino más bien la embalsa… blasamana… embal-sa-ma-mos?

(*Darío y Karen ponen cara de asco. Raquel de incredulidad.*)

Karen: ¡Uy, no!

Darío: Carajo... ¿Pa qué?

Aarón: Escuchen el plan. Yo conozco un pana que hace ese procedimiento. Es la vaina más cara dentro de lo que son los servicios funerarios. Si un entierro normal está en mil dólares, la cremación en mil quinientos, dos mil; el embalsanama… EMBALSAMAMIENTO está alrededor de cuatro mil. Pero, este pana, con la excusa de la dificultad de conseguir los materiales, la premura porque por lo general este es un procedimiento que se planifica con anticipación, los dólares, el bloqueo y la vaina, puede inflar el precio hasta ocho mil. Él cobraría, por ser pana mío, los cuatro que le corresponden, y nosotros nos dividimos los cuatro mil que quedan, que no enriquecen ni empobrecen a nadie, pero en vista de la situación país, pues, yo creo que nos caen bien esos reales.

(*Hacen una pausa.*)

Aarón: (*sonriente*) ¿Qué me dicen?

(*Pausa.*)

Aarón: ¡Hablen, pues, coño!

(*Silencio.*)

Aarón: Miren. Yo sé que la vaina es medio tétrica. Pero yo estoy claro en cuál es mi situación. Sé cuál es la situación de Karen…

Karen: ¡Carajo!

Aarón: Sí, Karen. Sí. Todos sabemos cuál es tu situación.

Karen: Ajá. Y cuál es la situación mía, según tú…

Aarón: (*se reacomoda en el sofá para verla de frente*) Pascual está metido en tremendo peo. Ustedes, en esos meses que se fueron para Estados Unidos y pretendían vivir como clase media a costa de sus negocios aquí, se desbancaron porque entre bolívares y dólares, tú me dirás. Y a pesar de que han sabido mantener las apariencias, pues, hermanita querida, los intereses suben y los prestamistas turcos tiene la paciencia corta.

(*Aarón voltea para ver a Darío.*)

Aarón: El peo tuyo también es delicado. Esa carajita de diecisiete años con la que te metiste, en cualquier momento te echa paja si no le das los reales que te está pidiendo. Y si Lucía te manda pal coño, con lo delicado que está todo y lo «bien» que le caes a tu suegro, panita, esos mil dólares te caen bien por lo menos pa aguantarle la lengua a la coñita esa.

(*Darío se sacude nervioso. Aarón voltea a ver a Raquel. Ella estira la mano en señal que se detenga.*)

Raquel: A mí no me vengas con la paja de mi situación que bien claro estamos todos. El asunto conmigo en lo particular es que, tal y como están las vainas de jodidas, prefiero sobrevivir mamando a tener que vivir con miedo a que mi mamá me jale las patas de noche.

(*Sus hermanos rechistan sorprendidos.*)

Aarón: ¡Chama! Por favor, piensa en Leónidas.

Raquel: ¡Ni se te ocurra meter a mi hijo en este peo!

Aarón: Con esa plata puedes mandarlo pa Brasil, donde los amigos de promoción de Héctor…

Raquel: No, Aarón. A Héctor tampoco lo metas, por favor.

Aarón: Pero…

Raquel: ¿Tú crees que, si esos «amigos» de Héctor hubieran querido llevarse a Leónidas pa Brasil, no lo habrían hecho ya? ¿Tú crees que esa gente, después que se aprovecharon de las ideas de Héctor, lo ayudaron, aunque sea mandándole para las pastillas? ¿Cuánto crees tú que se tardaron en darme el pésame desde que lo encontré ahorcado en el patio?

Karen: Qué coño e madre es la gente.

Raquel: ¡Ja! ¡Sí, vale! LA GENTE.

Darío: Cálmense.

Karen: Pero bueno, chama. Y qué quieres que te diga, ¿ah? ¿Cómo te consuelo? Ná güevoná…

Raquel: ¿Pero quién te está pidiendo consuelo a ti?

Aarón: Ya vale. No empiecen otra vez con la pelea. Qué ladilla.

Darío: De pana. Parecen locas.

Karen: (*con Darío.*) *Excuse me!* Me vas a decir tú a mí, loca. A mí. Que cuando te faltaba pal saldo mientras estabas en la universidad, que cuando no tenías pa llevar a Lucía pal cine me llamabas: «hermanita, porfa, transfiere ahí», y venía ESTA LOCA, COMO LA PROPIA PENDEJA, a transferirle al niño. No te digo yo.

Raquel: Y la loca esta que era la que te tenía el desayuno y el almuerzo listo pa que el único graduado de la familia no se preocupara por esa vaina, porque te recuerdo que a mi mamá le sabía a mierda si estudiabas o no, si comías o no. Y cuando te rompiste la pata y Lucía no podía irte a cambiar las vendas, entonces tenía que venir el loco de Héctor a subir a la mujercita LOCA a hacerte el favor ¡a las 6 de la mañana! Coñísimo e tu madre.

(*Darío mantiene una pausa mientras sonríe sardónico.*)

Darío: Locas de bola.

Aarón: Ya va, Darío. Coño.

Darío: Ya va qué…

(*Raquel va directo hacia Darío con la intención de darle una cachetada. Aarón se levanta. Justo destella un relámpago, casi casi al mismo tiempo que el estruendo del trueno. La sala queda deslumbrada. Se va la luz por unos instantes.*)

Karen: ¡Ay, manita querida! Raquel. ¿Raquel?

(*Darío y Karen prenden las linternas de los teléfonos. Darío se encuentra de pie. Él y Raquel se miran. Aarón en el medio.*)

Raquel: Que «El Señor» te reprenda, lacrita.

Darío: ¿En serio? Yo estoy en gracia con mi Señor Jesucristo, hermanita (*sonríe cínico y retador. La linterna del teléfono lo alumbra desde abajo. Su sombra se clava en el techo mientras sonríe socarrón*).

Aarón: Ya, pues.

(*Vuelve la luz a la casa. Aarón, atento a la reacción de Raquel y Darío, permanece levantado al igual que ellos dos. Karen suspira aliviada y se deja caer en el sofá.*)

Karen: Ya dejen la paja y siéntense.

(*Aarón, poco a poco, va sentándose. Darío y Raquel no dejan de mirarse, hasta que Raquel vuelve hasta el desayunador, toma una banqueta y se sienta, apartada de todos. Darío, sin dejar de sonreír, se sienta en el momento en que Raquel está llegando al desayunador. Aun en la distancia, se siguen observando, retadores.*)

Aarón: (*con Karen*) Te acuerdas aquella navidad cuando Raquel le metió la mano en el plato a Darío y le quitó el pan de jamón…

Karen: (*se ahoga empezando la risa*) ¡Chamo! ¡Sí!

Aarón: No me acuerdo si fue que Raquel le quitó el pedazo de pan de jamón a Darío y él le clavó el tenedor en la pierna…

Karen: No. No. La vaina no fue así…

Raquel: Yo le quité el pan de jamón porque me había escupido el café en la mañana. Le quite el pan de jamón. Él armó un berrinche. Me dio una cachetada. Yo le tiré el jugo encima, y después él me clavó el tenedor en la pierna (*de forma instintiva se rasca el muslo*).

Karen: (*riendo*). Y entonces la caraja salió hecha una demonia pa la calle y Darío la persiguió como cuatro cuadras.

Aarón: (*riendo*). ¡Sí!

Raquel: Llegué a cruzar varias calles. En una de ellas casi lo atropella un carro. Con todo y eso, el coño e madre no se paró nunca.

(*Darío ríe.*)

Aarón: Como es verdá que, cuando uno es carajito, no las piensa.

Karen: Y eso que en ese momento, él era un piojito, y la bicha esta, una mole.

Aarón: ¿Y qué fue lo que hizo mi mamá?

Karen: Amarrarlos barriga con barriga.

(*Todos ríen*.)

Raquel: Sí. (*se seca las lágrimas*) La vaina es que estuvimos amarrados en el patio como por siete horas. A mí todavía me seguía sangrando la pierna. En la mañana cuando nos soltaron, no podía doblar la rodilla de la costra.

(*Poco a poco los demás dejan de reír.*)

Darío: Deberíamos repartirnos el cuerpo de mi mamá.

(*Karen suelta una carcajada nerviosa, que suprime al instante. Aarón solo sonríe. Raquel asume un gesto sobrio.*)

Aarón: Ya va. Pero ustedes hoy amanecieron como incontinentes.

Raquel: Hoy amanecimos con una mamá muerta. Entre eso y «la mala vibra» de verdad que el chiste se cuenta solo.

Karen: Perdón. De pana que no sé qué decir.

Darío: ¿Qué decir respecto a qué?

Karen: Repartirnos el cuerpo de mi mamá.

Darío: ¿Qué pasó? ¿Muy loca la vaina?

Aarón: Aquí hace falta como un roncito pa pasar las emociones. El café tá bueno, pero se necesita algo más fuerte (*ríe*).

Raquel: Un incendio es lo que falta aquí.

Darío: Que Dios Todopoderoso me perdone. Pero es lo que siento. De verdad.

Aarón: Tá bien, chamo.

Karen: Yo creo que todos estamos alterados por la situación.

Aarón: Sí. Es que cómo puede uno andar como que, no sé, tratando de sostenerse entre un coñazo y otro. Yo los entiendo. Entiendo a Raquel, que viene de muchas situaciones dolorosas…

Raquel: Ya te dije que «mi situación» está fuera de orden en este peo.

Aarón: Sí. Yo sé. Solo lo estoy poniendo en perspectiva como para, no sé…

Raquel: Ajá. Sí. Yo entiendo, Aarón. Pero ya.

Darío: (*con Raquel*) No puedes simplemente agarrar y decir que tu vida no tiene nada que ver con lo que está pasando porque lo que está pasando tiene que ver con tu vida.

Raquel: Blablablá, blablablá…

Darío: Héctor…

Raquel: Ya.

Darío: Domingo.

Raquel: Chamo. Será que yo hablo…

Darío: Ester.

(*Raquel se levanta brusca de la banqueta. Esta tiembla.*)

Raquel: … ¡CHINO EN ESTA MIERDA! *Or do I have to speak in English, so you can fucking understand me*? ¡A mí no me importa la paja loca que ustedes se

están inventando con respecto a todo el rollo de mi mamá! Yo, a diferencia de ustedes, separé mi vida de la de esa señora lo más que pude. Por salud mental y espiritual. ¿Por qué? Porque mi mamá era una tipa venenosa. ¡Somos una familia venenosa! ¡EN TODO SENTIDO!

Aarón: Coño. Ya se van a ir por la tangente. Raquel. Vuelvo y te repito. Solo es un gesto de solidaridad contigo. ¿No quieres que hablemos de ellos? No hablamos y punto. Ya. Pero tenemos que resolver un asunto primero que es lo del em-bal-sa-na-mien…

Karen: Embalsamamiento.

Aarón: Esa vaina. El embalsamamiento. Se me enreda la lengua.

(*Suena el teléfono de Darío. Hace señas a los demás para que hagan silencio.*)

Darío: Aló. Sí. Hola. Sí. Dime… no. (*Se levanta en dirección a la cocina*). No, mi amor. No. Todavía estamos en eso (*llega a la cocina. Las luces se encienden y se apagan las de la sala*). ¿Cómo crees tú que puede salir? Un peo. Un peo. No. Tranquila. Estoy tratando de matar esto lo más temprano posible. Sí. ¿Y cuándo cierra eso? Bueno, no sé, Lucía. Vas a tener que resolver otra cosa. Le pudiste decir a tú papá que te hiciera el favor. (*Pausa.*) Te recuerdo que estoy reunido con mis hermanos atendiendo el peo de mi mamá, ¿sabes? ¿O tengo que esperar a que se muera la mamá tuya pa que sepas lo que se siente? (*Pausa.*) Aló. ¿Aló?

(*Darío guarda el teléfono, da un suspiro y vuelve a la sala. Las luces de la cocina se apagan y las de la sala se encienden a su paso.*)

Aarón: ¿Todo bien?

Darío: Una mierda todo.

Karen: Pero, ¿qué le pasa a Lucía?

(*Darío chasquea y manotea fastidiado.*)

Karen: Habla, chamo. ¿Pa qué estamos aquí, pues?

(*Darío ríe y se sienta. Raquel se levanta y deja sonar la banqueta. Sus hermanos la observan por un momento esperando algún comentario. Solo da pequeños pasos sobre sí misma, nerviosa.*)

Aarón: Es lo de…

Darío: Anda con el peo de que no queda preñá y cualquier vaina es... (*vuelve a chasquear*).

Karen: Qué ladilla.

(*Raquel se detiene.*)

Aarón: Lo mismo me pasó con Génesis. Y eso que ella ya tenía los dos carajitos del marío anterior. Pero ella dale y dale con el peo de que quería tener otro muchacho.

Raquel: Eso no fue así.

(*Los tres hermanos voltearon a verla.*)

Raquel: Lo que pasó con Génesis fue que ella quedó preñada, y tanta fue la presión que le metiste a la mujer pa que abortara, que ella fue y se consiguió…

Aarón: Raquel. Ya…

Raquel: …el primer consultorio de mierda que vio por el camino y en el procedimiento le dañaron…

Aarón: …que a ti no te gusta que se metan en tus vainas, pero entonces tú sí puedes meterte en las vainas de uno.

Raquel: …la matriz y se jodió. ¡Eso fue lo que pasó! Y ¿cómo lo sé? Porque Héctor y yo fuimos a buscarla porque el niño (*señala a Aarón*) ni siquiera tuvo las bolas de irla a buscar convaleciente. Esa pobre mujer que no tuvo paz hasta que se fue pal coño.

Aarón: (*iracundo, va levantándose*) De pana que es bien difícil tener un poquito así de… condescendencia contigo. Porque si a ver vamos fuiste tú la que empujó a Héctor a que se ahorcara…

(*Raquel se cruza de brazos y levanta el rostro, desafiante.*)

Aarón: …porque tan noble como era, pa ti esa vaina siempre fue una muestra de debilidad. ¡Era verdad lo que decía Génesis! Ya que hablas de ella. «Héctor es un buen hombre y ser bueno para Raquel es casi como ser marico». ¡Pa que sepas! O el cómo te dejaste llevar, igualito que mi mamá, por la posibilidad de que Ester tuviera un noviazgo con el hijo del empresario dueño del yate donde se ahogaron tus dos hijos mayores. Porque no creas que uno no sabe que casi que vendías a tu hija…

Darío: Será que…

Aarón: …a ver si había chance de resolver…

Darío: …podemos seguir con lo que…

Aarón: …la pelazón de bola…

Darío: …que de verdad me tengo que ir.

Aarón: …para venir a hacerte la digna que no necesita un coño de nadie. ¡NO SEAS PENDEJA, CHICA!

(*Todos hacen silencio. Lo más que se escucha es la respiración de Aarón. Hay una pausa.*)

Darío: Ok. A lo que vinimos, señores.

Raquel: A nada, señores. Se van de esta mierda.

(*Raquel da media vuelta para acomodar la banqueta debajo del desayunador con rabia*.)

Aarón: ¿Ves?

Raquel: ¿Ves qué?, mamawevo.

Aarón: La mariquera tuya de no asumir las vainas.

Raquel: ¿No asum…? Yo asumo que esta es mi casa y que esta reunión es una mierda, esta familia es una mierda, y toditos se van pa la mierda.

Aarón: Piénsalo mejor…

Raquel: ¿Qué? ¿Qué voy a pensar mejor?

Aarón: En resolver el meollo del asunto.

Raquel: Si quieres resolvemos el meollo de los tuyos.

Aarón: Yo no soy el tema aquí. No desvíes la conversación.

Raquel: ¡Pero si vinimos a resolver lo del funeral de mi mamá! Y mira por dónde vamos.

Aarón: Me acuerdo una vez que estaba en la casa de mi mamá, hace como cinco o seis años…

Raquel: Bien buena la vaina…

(*Raquel se agarra el cabello, suspira largo y aprieta los dientes para luego soltarse*.)

Aarón: …ella me contó cómo delante de todo el mundo corriste a Héctor de la casa porque perdió el trabajo. A mí me extrañó la vaina porque Héctor tenía años trabajando en esa empresa. Yo pensé: «Nada. A este

le dan una liquidación bien chévere y se vuelve a poner contenta la mujer». Pues no. Al tipo le detectan un trastorno depresivo. No puede dormir. Le cuesta concentrarse. ¿Y saben qué es lo que hacía la mujer? Caerle encima por cualquier vaina. Bueno. Un día va Héctor caminando y se tropezó con un juguete de Leo, creo que era la vaina, y el tipo reclama que por qué el carajito no recoge sus juguetes, que el orden y tal. La mujer se engrinchó y el regañado fue él. Esa noche, un carajo que te sacó de dormir en la sala de la casa de mi mamá, porque ella nunca tuvo la intención de reacomodar nada con respecto a los hijos del marido que tenía en ese momento, terminó durmiendo en una plaza. Héctor estaba ido. ¡Ah! O sea. Estaba, pero no estaba. (*Pausa*) Fue un pana amigo mío que en lo que lo vio la mañana siguiente, me llamó y me avisó.

Raquel: ¿Y qué fue lo que hiciste?

Aarón: Qué fue lo que hice de qué…

Raquel: ¿Lo fuiste a buscar? ¿Lo ayudaste? ¿Le llevaste desayuno, café? ¿Qué hiciste, Aarón?

Aarón: Te llamé a ti, que eras su mujer, pa que fueras a buscar al papá de tus hijos.

Raquel: Yo voy a tratar de ser bien clara, sobre todo contigo. Yo no tengo ningún problema de admitir…

Aarón: Ahora.

Raquel: ...que… ¿Ahora qué?

Aarón: Digo, que ¡ahora! es que admites. Tá bien. Uno aprende con los coñazos.

Raquel: Sí, Aarón. Ahora. No tengo problema en admitirlo. AHORA no tengo problema en admitir que nunca fui capaz ni tuve el interés, por ignorancia, de ayudar a mi marido (*un llanto la interrumpe un instante*) pero fue algo que tiene que ver precisamente con lo que está pasando aquí. Tiene que ver con mi mamá (*llora mientras habla*) y con nosotros.

Karen: Chama. Por favor. Ya.

Darío: ¡Señores!

Raquel: Por favor nada (*deja de llorar*). ¡Se van de mi casa! A la mierda todo.

Aarón: (*da un suspiro largo*) No nos podemos ir hasta que tomemos una decisión con respecto a lo que vamos a hacer con mi mamá.

Raquel: ¿Cómo es la vaina? (*se enjuaga las lágrimas*).

Aarón: Que tenemos que estar todos de acuerdo.

(*Darío y Karen se levantan. Los tres observan amenazantes a Raquel.*)

Karen: Podemos entender perfectamente tu postura. Como dijo Aarón, lo que has pasado no es fácil. No me quiero ni imaginar lo que se siente el perder un hijo. Pero…

Darío: …estamos perdiendo tiempo sacándonos trapitos al sol y no terminamos de definir nada.

(*Los tres hermanos quedan en silencio a la espera de una respuesta de Raquel. Ella se toma su tiempo. Da un paso hacia atrás. Agacha un poco la cabeza.*)

Raquel: Ok. Definamos. En primer lugar, NO estoy de acuerdo con el embalsa ¿mamiento?

Aarón: Embalsamamiento.

Raquel: Embalsamamiento de mi mamá. Y muchísimo menos con ese sadiquismo de estar repartiéndonos el cuerpo. ¿Qué más queda pendiente?

Aarón: Raquel (*serio*). No hay otra forma de hacer lo que NECESITAMOS hacer si no es con el consenso de todos. Es una de las condiciones en el testamento…

Raquel: (*ríe*) Justo cuando pensé que era el último nivel de jodienda de mi mamá, y ahora aparece el remate. ¿No les parece sorprendente el nivel de esa mujer para joder? Tuvo que tener un coeficiente intelectual más o menos alto… a pesar de lo bruta que fue en vida. Bueno… particularmente con nosotros.

Karen: Es en serio, Raquel.

(*Los tres hermanos miran a Raquel esperando una respuesta. Ella evade las miradas y al sentirse amenazada aclara su garganta y vuelve a sacar la banqueta del desayunador y se sienta*.)

Raquel: No sé qué hacer para complacerlos.

Darío: Podrías decir que sí, y en nombre de tu dignidad dejarnos tu parte. Así no tienes el cargo de conciencia y mi mamá no te jala las patas en la noche.

(*Raquel mira con decepción a Darío. Se escucha caer la lluvia gruesa afuera*.)

Darío: Es joda (*ríe*).

Aarón: Sea lo que sea, hay que definir eso esta noche. El pana que va a hacer el embalsamamiento, ¡coño!, ahora sí lo dije bien (*mira a Darío y a Karen sonriendo*). El pana tiene que hacer eso con tiempo. La vaina con el viejo Julio ya está cuadrada. Solo faltas tú. Bueno. Todos, porque todavía…

Karen: Si la vaina es así, por mí le damos.

Darío: Plomo. *Let's do the fucking thing.*

Aarón: ¿Raquel? (*hay una pausa*) habla… Si no quieres tocar «ese cochino dinero» te dejamos el Chevette. Lo pones en el patio y te sirve de matero.

(*Tiemblan un poco las manos de Raquel. Respira algo alterada exhalando por la boca. Sus hermanos siguen mirándola fijamente esperando respuesta. Después de unos segundos, asiente. Los hermanos festejan.*)

Raquel: (*insegura*) Pero mi parte no se toca.

(*Aarón se acerca hasta Raquel. Ella extiende su brazo para ponerle un límite. Aarón frena en seco.*)

Aarón: ¿Ves? No pasa nada. Yo sé que el tiempo todo lo cura, y te lo digo porque no soy ningún santo y he pasado por vainas, y he visto gente y... Y no creas tú que a mí no me da como miedo eso de que mi mamá me jale las patas de noche, o caminando, o bañándome.

Darío: O tirando.

(*Todos ríen, hasta Raquel, aunque en un tenor mucho menor.*)

Karen: Tú te imaginas a mi mamá jalándole las bolas a Aarón en pleno.

Darío: O espueleándolo.

Karen: ¡Ay! ¡Asco!

(*Las risas aumentan. Raquel mantiene la suya tímida.*)

Aarón: (*con Raquel*) ¿Ves? ¿Todo bien?

(*Raquel asiente autómata. Aarón le sonríe, se da vuelta y vuelve con sus hermanos. Hay un momento en el que ellos no*

la miran, y Raquel en su rostro refleja terror mientras se sienta en la banqueta.)

Aarón: (*con Karen*) Tú te deberías quedar con el tronco.

Karen: ¿QUÉ?

Darío: (*riendo*) Apoyo la moción.

Aarón: Karen fue la que heredó las tetas de mi mamá.

(*Darío y Aarón ríen escandalosamente mientras miran a Raquel por un momento.*)

Karen: No. Sí. Tá bien, pues. ¿Qué voy a hacer yo con el tronco de mi mamá?

Darío: Puedes usarlo en Navidad como base para un arbolito «original».

Karen: (*hace una mueca de asco*) Verga, no. Ustedes de verdad que están enfermos. No sé ni pa qué me pongo a discutir con ustedes. Ná güevoná (*se sacude*).

Aarón: (*eufórico*) ¡Yo pido la cabeza!

(*Darío lo mira con expresión desaprobatoria*.)

Darío: No, señor. Ningún, ningún.

Aarón: Ajá. Pero qué coño vas a hacer tú con la cabeza, si ya tenías como cuatro años que no la querías ver ni en pintura. (*Hay una pausa que Aarón aprovecha*) ¿Ves? Es más. Yo soy el mayor. Soy el que más tiempo se la caló.

Darío: Ajá. Pero si Karen se queda con el tronco…

Karen: ¿Van a seguir?

Darío: …y tú con la cabeza, entonces lo que quedan son los brazos y las piernas.

Aarón: Y si la vaina es por edad, entonces le toca a Raquel decidir.

(*Los hermanos encuentran a Raquel mirando hacia un punto muerto.*)

Karen: Mira, mija. Despierta (*chasquea los dedos*).

Raquel: (*vuelve su atención a los hermanos*) ¿Qué pasó?

Karen: Coño. Que los hermanos tuyos están aquí de lo más chévere descuartizando a mi mamá. ¿Tú has visto?

Raquel: Coño, vale. No se pasen.

Karen: Y lo más arrecho es que me quieren dejar el tronco a mí. El tronco se lo debería quedar Darío, que era el consentido de mi mamá y siempre lo llevaba «en el corazón». A mí con que me den los brazos voy bien porque no ocupan mucho espacio y los puedo guardar en el clóset.

Aarón: (*riendo*) ¿Quién aguanta a Lucía con esa vaina en el apartamento?

Darío: Coño. Sabes que no es tan descabellado eso, ¿sabes? El señor José tiene un conuco, y el carajo siembra maíz que jode. Esa vaina le puede servir de espantapájaros.

(*Vuelven a reír los hermanos, menos Raquel que permanece en un estado de duermevela. Karen, riendo, va hacia donde su hermana, la abraza y le da un beso grande en la mejilla.*)

Karen: (*estruja la cara de Raquel*) Ríete chica. La joda es como un bálsamo pa pasá el tarugo que tenemos. No podemos vivir amargaos toda la vida.

(*Raquel voltea lentamente y mira a Karen fijo. Esta la vuelve a besar y le da una palmada para regresar al sofá. Todos los hermanos se sientan, menos ella.*)

Aarón: Ajá. Entonces pa Karen los brazos, pa mí la cabeza…

Darío: Ya va, que lo de los brazos…

Karen: Pero no acabas de decir que el suegro tuyo, el conuco y tal…

Darío: Coño, sí.

Raquel: Lo de las tetas tiene su lógica.

(*Los tres hermanos voltean, algo sorprendidos.*)

Raquel: El simbolismo de las tetas, diría Héctor. La mama. El «primer vínculo íntimo del ser humano con su creador».

(*Aarón trata de interrumpirla, pero Darío en un gesto se lo impide.*)

Raquel: Ese momento en que los hijos lo miran a uno mientras chupan. Y lo que duele a veces el pezón. Particularmente, con Ester, la vaina fue un solo dolor todo el año que le di teta. Se me hacían costras en los pezones y era una ladilla. Recuerdo una vez que yo estaba rendida y Ester, que tendría semanas de nacida empezó a llorar y Héctor, que fue el que me lo contó, se paró con toda su calma, agarró a su muchacha, me volteó porque yo estaba volteada hacia la pared, me sacó la teta de la bata y enchufó a su muchacha. Yo me vine a dar cuenta de esa vaina como a la media hora. Me paré toda alumbrada y cuando volteo y veo a la carajita con la boca en el

pezón. Apenitas, porque ya estaba dormida y aun así todavía como que buscaba la teta, la coñito. Y ¿qué fue lo que hice? Le formé un peo (*una pequeña pausa y empieza a llorar*). Bueno. No fue tanto así como un peo, pero si como un regaño porque había dormido nada más cuarenta minutos, cuando estaba acostumbrada a dormir hora, hora y media. Ese detalle. El de la cara de Héctor que cuando lo vi y todavía no le había dicho nada, y se le veía relajado, como con cierto orgullo porque él era así, de ver esos detalles. Él los llamaba «la poesía cotidiana». Y yo, Raquel Hooker, con mi apellido gringo y vaina, era absolutamente incapaz de ver eso. No lo entendía y no era capaz de hacerlo porque me parecía una pendejada.

(*Raquel se levanta de forma rápida. Sus hermanos la miran absortos mientras va casi al trote hasta la puerta. Abre la puerta de par en par y llega el rayo. El sonido de la lluvia es más patente. Karen se asusta. Las luces parpadean. Apenas se escucha el llanto de Raquel desde afuera de la casa. Como un celaje saca el teléfono.*)

Karen: Pobrecita. Se va a mojar.

(*Aarón y Darío explotan una risa que acallan casi inmediatamente.*)

Karen: No sean lacras.

Aarón: *Drama Queen forever.*

Darío: ¿Son vainas mías o mi mamá llegó a decir alguna vez que quiso abortarla?

(*Karen y Aarón ríen por lo bajo.*)

Karen: Marico. Sí.

Aarón: En esa época los hombres tenían la potestad de poner a parir a las mujeres como les diera la gana. Si tú y Lucía, por decir, tuvieran trillizos y ella decidiera ligarse pa no tener más muchachos, pues no podía hacer esa vaina sin una autorización tuya.

Karen: Y mi papá tenía la maña de que como él empezó a tener varón, pues tenía que terminar con varón.

Aarón: Ya va. ¿En aquella época existían los ecos?

(*Los tres se miran dubitativos*.)

Karen: Chamo. Ni idea.

Aarón: Ese era el cuento de mi mamá. El abortar a Raquel porque supuestamente era hembra y entonces mi papá la iba a tener pariendo hasta que finalizara la camada con un varón. Ahora. ¿Cómo sabían ellos que venía hembra? Ene-pe-i.

Karen: Bueno, Aarón. Tampoco estamos hablando de los años 1600.

Aarón: ¡Estamos hablando de los 1600!

Darío: Sé lo que quieres decir, pero de verdad que, a estas alturas, con los dos viejos muertos, no le veo sentido a eso.

Karen: De pana.

Aarón: No. De bolas. En eso estamos de acuerdo. La cosa es…

(*Entra Raquel mojada guardándose el teléfono en el bolsillo. Cierra la puerta lentamente. Va de forma pausada a la banqueta*.)

Karen: ¿Estás mejor?

(*Hacen una pausa a la espera de la respuesta de Raquel. Esta, con los ojos cerrados, da un suspiro largo, como si se preparara para lanzarse al vacío.*)

Raquel: Tus tetas, Karen.

(*Aarón y Darío ríen. Karen asume extrañeza.*)

Karen: Aquí tán. Mira (*yergue su espalda y presume*). *What's up?*

Raquel: No. Nada.

Karen: ¿Cómo que nada?

Darío: Ya dijo que nada. Déjala quieta.

Karen: Coño, pero, ¿tú no viste cómo se puso ahorita? (*con Raquel*) Chama.

Raquel: Tranquila, Karen. No hay rollo.

Aarón: Bueno, señores. Mucha joda y todo. Hay que finiquitar.

Raquel: ¿Quieren café?

(*Sus hermanos extrañados.*)

Aarón: Claro, vale. ¿Le vas a pedir al santo si quiere vela?

Karen: ¿Necesitas ayuda?

Raquel: No. Tranquila.

Karen: Ok.

Aarón: Entonces, mañana temprano… bueno, no. Ahorita tengo que llamar al abogado pa decirle la vaina. Bueno, no. (*ríe*) Toy viejo. Tengo que llamar PRIMERO al pana mío pa lo del em-bal-sama-miento. Qué ladilla con la palabrita. Cuadrar con él, el beta,

y entonces, hablar con el abogado pa que me mande el documento que tenemos que imprimir y firmar mañana temprano. Entonces, Darío, que se encargue de pasar por la casa de cada quien, y me lleve eso pa mi casa.

Darío: ¿Qué vamos a hacer con eso pa tu casa?

Aarón: Hay que mandárselo en físico al abogado.

Karen: ¿No sirve escaneado? Se le manda por whatsapp o por correo. ¡Qué ladilla!

Aarón: Hasta ahora, por lo que sé, el tipo lo quiere en físico, original. Pero como les digo: no he hablado con él eso bien porque tenía que cuadrar con ustedes primero.

(*Se enciende la luz de la cocina. Raquel, obnubilada, observa la cafetera.*)

Karen: Ok, ok.

Darío: Coño. La cagamos si el tipo te dice que hay que notariar esa vaina.

Karen: Por eso no hay rollo.

Darío: ¡Si es verdad que tienes a Camilo! ¿En dónde es que está?

Karen: En la tercera.

Aarón: ¿Ven? Por eso es que tenía que cuadrar con ustedes (*una pausa*). ¡Epa, Raquel! ¿Qué pasó con el café?

(*Raquel tarda en reaccionar.*)

Raquel: Ya va que, con la ida y venida de luz, la cafetera se puso necia.

(*Aarón se encoge de hombros*.)

Aarón: Ahora sí. Hablando en serio. No sé si de verdad ustedes piensan quedarse con un «suvenir» de mi mamá.

Karen: No. No. De verdad que es como tétrica la vaina.

Aarón: Tétrica si te quedas con las tetas de mi mamá. Eso sí es de terror. (*Con Darío*) Y ponerla de espantapájaros tampoco, hermanito.

(*Aarón palmea la rodilla de Darío en chanza. Ríen. Raquel voltea a verlos y vuelve a la cafetera*.)

Darío: (*riendo*) ¿Qué coño voy a hacer yo con el tronco de mi mamá pal conuco del señor José? Será pa que le dé una vaina a ese viejo y «me quiera más de lo que me quiere».

Aarón: Por eso digo que es «exagerado» eso de quedarse con el tronco, un brazo, la cabeza.

Karen: Le dices al pana tuyo que te la ponga en una lanza así como los vikingos.

Aarón: Pal *Halloween* estaría machete ese detalle.

(*Ríen. Raquel empieza a sacar las tazas para servir el café*.)

Darío: Ya dejen la paja.

Karen: Habló el de la idea de repartirnos el cuerpo de mi mamá.

Aarón: Ok. Ok. Pero, en serio. ¿No les parecería descabellado quedarse con algo del cuerpo de mi mamá?

Karen: ¡No! Bicho, loco. Guácala.

Darío: ¡El mío sin azúcar, Raquel!

Raquel: ¡Ok!

Karen: (*con Raquel*) Después te transfiero pa que no te quedes sin café.

Raquel: Ok.

Aarón: No sé. Yo de pana que lo estoy pensando.

Karen: ¿En la cabeza de mi mamá?

Aarón: No vale. Agarrar, no sé, un dedo, una oreja…

Darío: Verga, Aarón.

Aarón: ¿Qué?

Darío: Yo creo que eso es hasta peor.

Aarón: ¿Cómo eso va a ser peor que el tronco en medio del sembradío de maíz del suegro tuyo, o la cabeza en la puerta?

Darío: ¿Pa qué quieres un dedo? ¿Pa llevarlo en la cartera, en el bolsillo?

Karen: No. Sí. De collar, la vaina.

Aarón: Tá bien, pues. Equis.

Raquel: Voy.

(*Desde la cocina Raquel va hasta la sala con las 3 tazas sobre una bandeja*.)

Aarón: ¿Tú no vas a tomar?

Raquel: No alcanzó.

Karen: Bueno. Pero si quieres sacamos un poquito de cada uno y te dejamos, aunque sea un traguito.

Raquel: No. Tranquila. Después me cuesta dormir (*bosteza*).

Aarón: Bueno. Entonces…

(*Los tres hermanos van tomando las respectivas tazas. Suena el teléfono de Darío. Raquel se sienta en el otro extremo del sofá.*)

Darío: Aló. Sí. Sí. Sí, ya va.

(*Darío toma un sorbo largo de café, deja la taza en la mesa, se levanta raudo y va hacia dentro de la casa.*)

Aarón: Entonces hacemos eso. Hablo con el abogado, no sé si más tarde o mañana tempranito en la mañana. Con el pana mío hablo en lo que llegue a la casa. Ese me contesta a cualquier hora.

(*Hacen una pausa. Aarón y Karen degustan el café. Se escucha un murmullo violento desde dentro de la casa.*)

Aarón: A Darío como que le están formando un peo.

Karen: O lo está formando él.

Aarón: Ahorita sale llorando de ahí…

(*De forma intempestiva sale Darío. Tiene lágrimas en los ojos. Sus hermanos lo observan.*)

Aarón: Lo reventé.

Karen: (*con Darío*) Mijo. ¿Qué pasó?

(*Darío deja la puerta abierta. El sonido de la lluvia vuelve a arremeter con fuerza en el interior. Karen se levanta, va hacia la puerta.*)

Aarón: Déjalo, Karen.

Karen: (*con Darío*) ¡Mira!

Aarón: Ya vale. Deja a ese hombre quieto que resuelva su peo.

Karen: Coño. ¿Pero se va a ir así? ¿Sin despedirse?

Aarón: Ni que fuera la primera vez.

Karen: Sí, pero…

(*Karen chasquea, cierra la puerta y va hacia el sofá.*)

Raquel: Las tetas de Karen.

(*Aarón y Karen miran a Raquel.*)

Raquel: Esas tetas, chama. (*Las señala.*)

(*Karen se detiene justo al lado de Aarón. Cruza los brazos.*)

Karen: ¿Qué pasó ahora?

Raquel: Nada. Aquí acordándome de Pascual.

Aarón: (*suspira*) Raquel. No vamos a empezar con la tiradera de puntas.

Raquel: «Si no fuera por esas tetas, hace rato que la hubiera mandado pal carajo».

Karen: Ya va. Ya va.

Raquel: Las tetas de Karen. Las que me quitaron unos cuantos novios…

Karen: ¡Carajo!

Aarón: ¡Qué vaina!

Raquel: …las que consiguieron los favores de unos cuantos primos de Pascual.

Karen: ¿Me estás llamando puta?

Raquel: No (*sonríe*).

Karen: Si ya estamos en paz, no entiendo el por qué tienes que estar asomando vainas que pasaron hace siglos y que ya ni importan.

Raquel: Yo no heredé las tetas de mi mamá.

Karen: Deja la envidia, marica.

Aarón: ¡Raquel, ya!

Raquel: Puede ser lo de la envidia. Pero en todo caso me resulta ofensivo el discursito de mierda ese de que «eres pobre, porque quieres». O su versión de «tienes lo que tienes, porque a mí me sobra».

Karen: ¿En serio?

Raquel: En serio.

Karen: Mira, Raquel. Yo te voy a decir una vaina.

Aarón: Aquí va la otra a darle cuerda.

Karen: La envidia y el resentimiento social es lo que tiene jodido a este país.

Raquel: Héctor decía que lo que tenía jodido a este país es el desprecio por la lógica.

Karen: Ajá. Tá bien. Héctor y todo lo que tú quieras. Pero explícame algo. Si ya estamos en un acuerdo entre hermanos… Si ya vamos de salida… ¿Por qué coño de la madre vas a salir con lo de mis tetas? Chama. De pana. (*con Aarón*) ¿No parecen vainas de loco?

Raquel: No. Créeme cuando te digo que no son vainas de loco.

Aarón: Darío tenía razón.

Karen: Perdón, mi amor. Darío tenía razón ¡con ella! Senda loca e mierda.

Aarón: ¡Por eso!

Raquel: Voy a explicar por qué lo de las tetas. Que las tetas son una excusa. Como cuando una es madre y el principio fundamental de serlo es brindar alimento a los hijos. Tus tetas nunca dieron alimento a nadie, pero tú te alimentaste de las tetas de mi mamá. De las tetas de empresarios babosos. De las tetas de tu marío. ¿Cierto?

(*Aarón gesticula hartazgo con los brazos. Karen lo ataja para dejar que Raquel termine de decir lo que tenga que decir.*)

Karen: *What's your fucking point, bitch*?

Raquel: Es lógico que los hijos se alimenten de sus padres. No que los padres se alimenten de los hijos.

(*Karen frunce los labios en señal de no entender qué quiere decir Raquel.*)

Karen: Entonces YO soy la que tiene que alimentar a mi marido, a los empresarios, al país… (*su dedo índice da vueltas sobre su sien*).

Raquel: Mi mamá siempre quiso alimentarse de nosotros. Tengo la leve sospecha de que de mi papá no le dio chance porque se murió, pero muy probablemente también lo hubiera hecho.

Karen: ¿Qué tiene que ver toda esa paja tuya con mis tetas?

Raquel: (*ríe*) ¿Tú te acuerdas de tus discos de Menudo?

(*Karen y Aarón se miran.*)

Raquel: Yo me acuerdo como Aarón los agarró, te los escondió y luego te dijo muy sutilmente que te los devolvería si te dejabas manosear las tetas.

Aarón: ¿Cómo es la vaina?

(*Aarón se levanta.*)

Raquel: Las tetas. La carne. El manoseo. El ser humano como objeto utilitario para el placer o cualquier otro beneficio. Como los discos volvieron a aparecer, supongo que…

Karen: Loca e bola.

Aarón: De verdad que a uno le cuesta mantener cierto nivel de cordura entre tanto embuste. Con tus traumas de mierda, queriendo venir a echar mierda en el ventilador…

Raquel: ¿Embuste?

Aarón: ¡Sí, Raquel! ¡Sí! Embustes. Mentiras. Mojones.

Raquel: ¿Mentiras? Como la vez aquella cuando tenía nueve años y me desperté en medio de la noche contigo encima, y la pela que me dio mi mamá por insinuar que su hijo mayor…

(*Aarón se abalanza sobre Raquel y la golpea varias veces en la cara. Luego la sostiene del cuello manteniéndola debajo de él. Karen ni se mueve. Destella un relámpago.*)

Aarón: ¡Por qué tienes que venir tú, con tu paja loca, a estar alborotando el avispero sin necesidad! Mal poniéndolo a uno.

Karen: (*con mucha calma*) Ya, Aarón. Déjala quieta.

(*Aarón respira aceleradamente mientras mantiene el puño en el aire. Poco a poco su respiración se va normalizando hasta que suelta a Raquel. Esta queda tosiendo en el sofá.*)

Aarón: Puta de mierda.

Karen: Ya, Aarón. No vale la pena. Ella todo el tiempo anda con esa paja de tirarle a la familia.

Aarón: (*con Raquel*) Verga. Na güevoná. Se murió mi mamá y tú sigues con la paja loca y la vaina.

Karen: Quédate tranquilo. Tú sabes que esa vaina de la locura se pega.

Aarón: Es una plasta e mierda. ¡Ella lo sabe! La caraja viene, casi que le pone la soga en el cuello al marío pa que se mate, y viene a pagarla con uno. Puta de mierda.

Karen: Ya, pues. ¡Tranquilo!

Raquel: (*con dificultad*) Y lo defiendes.

Karen: ¿Qué?

(*Raquel carraspea tratando de recuperar el habla. Se limpia los hilos de sangre.*)

Raquel: Y lo defiendes (*señalando a Aarón*).

Karen: ¿A quién? ¿A Aarón? ¿Cómo no lo voy a defender si te metiste conmigo? Estábamos de lo más tranquilos y viniste con tu güevoná a meterte con nosotros. Chama. Ya estás en la edad de superar las vainas. Uno no puede vivir toda la vida con rencor, con ese odio. ¡Y mucho menos con tu propia familia!

Raquel: Por eso digo mis vainas.

Karen: No es la manera.

Aarón: No es la manera. Coño e tu madre (*escupe en el piso*).

Raquel: ¿Sabían que Héctor tenía meses planificando matarse?

Aarón: Chama. De verdad. (*lloroso*) Cállate. (*con Karen*) Yo creo que mejor nos vamos.

(*Aarón se voltea y le hace señas a Karen para salir.*)

Raquel: Héctor tenía meses pensando en matarse. Pero se iba a matar con veneno. Al último momento fue que el carajo cambió de opinión. Le conseguí el sobrecito y le formé un peo. Esa noche fue que se guindó. Arrecho que yo teniendo el sueño tan liviano no me haya dado cuenta cuando se levantó y se fue pal patio.

(*Raquel señala con la boca partida las tazas de café. Aarón las mira en la mesa de centro y abre los ojos con terror.*)

Aarón: ¿QUÉ HICISTE, RAQUEL?

(*Karen se da cuenta del trasfondo de la pregunta de Aarón.*)

Karen: No.

(*Se abre la puerta violentamente. Aarón y Karen voltean sorprendidos por lo repentino. Es Darío empapado por la lluvia que continúa escandalosa. Trae un arma en la mano. Dispara sin mediar palabra. Dos proyectiles. Uno para Aarón en la cabeza, que cae abrupto entre el sofá y el piso, y otra para Karen en el pecho que logra sostenerse en pie por un instante antes de caer hacia adelante. Los dos caen mientras golpea un rayo y se va la luz justo al segundo disparo. Hay una tenue luz que entra por la puerta silueteando la espalda de Darío que se proyecta gigante en la sala.*)

Darío: (*Hipeando*) ¿Ra-quel?

(*Se escucha la respiración acelerada de Raquel. Un pequeño golpe en la mesa de centro.*)

Darío: ¿Raquel?

(*Darío hurga en sus bolsillos.*)

Darío: Coño e la madre, dejé el teléfono. No veo un coño, ¡Raquel!

(*Hay un momento de pausa. Darío se enjuaga los ojos.*)

Raquel: (*desde detrás del sofá*) ¿Qué?

(*Darío dispara hacia donde cree que viene la voz.*)

Raquel: No dispares.

Darío: ¿Que no…

(*Karen se arrastra por el suelo. Se escucha su quejido mientras poco a poco trata de alcanzar el pie de Darío. Este le dispara en la espalda. Raquel grita, el estremecimiento de Karen cesa. La mano deja de moverse.*)

Darío: ¿Que no te dispare? (*empieza a llorar*) No quiero, pero…

Raquel: No lo hagas.

Darío: Tengo que hacerlo. No hay nada en esta familia que valga la pena salvar. Nada.

(*Darío se pone en cuclillas y toma la mano de Karen. La acaricia con fruición.*)

Darío: Yo no quería. Pero es Dios, ¿sabes?, Dios en su infinita misericordia. En su infinita bondad que me puso en esta senda, creo yo. Que me dio una familia como ustedes para dar un mensaje. ¿Sabes? (*aprieta los dientes*) Una soberana mierda.

(*Hay una pausa. Se escucha el llanto de Darío y la respiración acelerada de Raquel.*)

Darío: Fue Dios el que (*se levanta lentamente mientras cesa el llanto*) en un momento de debilidad hizo que Alberto llegara hecho mierda aquella noche en que tratando de abrir la puerta, vio que Lobo dormía conmigo. Y como a él no le gustaban los perros

dentro de la casa, en lo que lo vio, le entró a patadas. Mi mamá estaba dormida. Yo traté de levantarla, pero se había tomado la pastilla. Entonces fui a la sala mientras Alberto todavía le estaba dando patadas a Lobo. Ya no se movía y el plasta e mierda ese le seguía dando. ¿No te acuerdas?

Raquel: Sí, me acuerdo.

(*Darío levanta la pistola y apunta a todos lados tratando de ubicar a Raquel.*)

Darío: Entonces me le fui encima a ese coño e madre. ¡Tenía once años, Raquel! ¡ONCE! Y el coño e madre de Alberto me tumbó y en el piso me dio patadas. Me dio patadas en las bolas. Yo caí al lado de Lobo mientras perdía el conocimiento. Por culpa de esa vaina no puedo tener hijos. De haber tenido hijos, Lucía tendría piedad de mí. Seguro que con unos carajitos jamás en la vida habría volteado a ver a ninguna carajita.

(*Se escucha el sollozo de Raquel.*)

Darío: ¿Dónde estabas tú, Raquel? ¿Dónde estaba Aarón, Karen? ¿Dónde estaba mi mamá? ¿Dónde estaba la familia que se supone que uno tiene pa protegerlo a uno? ¿Dónde estabas tú cuando Héctor se ahorcó? ¿Dónde estabas, Raquel, cuando tus hijos mayores se fueron con el mamawevo del yate pal río y se ahogaron como unos pendejos al chocar contra una piedra?

(*Hay una pausa. La respiración acelerada de Raquel se interrumpe.*)

Raquel: ¿Dónde estabas tú para tus sobrinos?

(*Darío trata de ubicar la voz de Raquel con la pistola. El ruido de la lluvia lo rodea todo.*)

Raquel: Porque yo sé dónde estaba cuando pasó lo de Alberto.

Darío: ¿Dónde estabas?

Raquel: Con mis amigos, huyéndole a toda la mierda que vivía con mi mamá.

(*Darío baja la pistola. Respira para volver a la tranquilidad. Hay una pausa.*)

Darío: Lucía llamó.

(*Vuelve a caer el rayo. El destello deja ver por un instante a Raquel parada justo en el lado derecho del sofá.*)

Darío: Anaís la llamó.

Raquel: ¿Quién?

Darío: Anaís. La carajita de la que habló Aarón. La de diecisiete años.

(*Vuelve la luz. Darío mira a Raquel y nota los golpes.*)

Darío: ¿Qué te pasó?

Raquel: Aarón.

Darío: ¿Y por qué?

Raquel: Quería que me mataran. Hasta les inventé que los había envenenado con el café.

(*Darío levanta la pistola y le apunta.*)

Raquel: Era mentira. Yo no soy capaz de eso (*hace una pausa para soltar el llanto).* Pero era lo que nos faltaba. Nos faltaba matarnos, Darío. ¡Mira lo que nos faltaba! (*señala los cadáveres*).

Darío: ¿Segura?

Raquel: ¿Segura de qué?

Darío: De que no envenenaste el café.

Raquel: Sí. Segura. Ya he matado a tres. No quiero hacerlo más.

Darío: Uno de ustedes le mandó un mensaje a Anaís. Por eso me echó paja. Estoy jodido. No hay forma de que me salve de esta. Me va a denunciar por estupro. (*Desesperado se lleva las manos a la cabeza*.) ¡Estupro, Raquel! Pero eso ya no importa.

(*Darío mira los cadáveres*.)

Darío: Y nosotros tan contentos que acordamos lo del embalsamana… ¡MIERDA! (*suspira profundo. Una pausa. Ríe*.) Como si no supiéramos que al final Aarón se iba a ir con la cabuya en la pata.

(*Darío mira a Raquel, se da media vuelta y sale de la casa corriendo. Raquel empieza a respirar aceleradamente. Se lleva las manos al pecho. Llora con todas sus fuerzas. Suena su teléfono*.)

Raquel: Aló (*pausa*) Sí, Lucía. Va saliendo para allá. Llama a la policía.

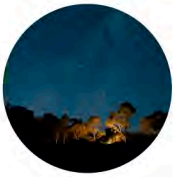
TELÓN

Índice

Escena única 13

Santa sepultura
se imprimió en el mes de octubre de 2026
en la Organización Gráficas Capriles
Caracas, Dtto. capital, Venezuela
son 300 ejemplares

I BIENAL NACIONAL DE LITERATURA
APACUANA
DRAMATURGIA - 2022



J. GREGORIO MAITA

SANTA SEPULTURA

En *Santa sepultura*, obra teatral de un solo acto, cuatro personajes han sido convocados, y van llegando, uno a uno, para organizar un importante evento familiar. No falta nada: café, y entre dulce y amargo, recuerdos compartidos que van surgiendo a cada sorbo, basura enterrada bajo la alfombra, y un sorpresivo desenlace.

J. GREGORIO MAITA

Nació en Caracas en 1980 (aunque a los 13 días fue llevado a Ciudad Guayana, estado Bolívar, por lo que se considera guayanés). Escritor, guionista cinematográfico, director audiovisual, crítico de cine, dramaturgo y periodista. Profesor de Artes Audiovisuales en la Unearte, extensión Bolívar-Caroní. Ganador del concurso nacional de cuentos La Abeja Obrera con el relato *Efecto de letargo* (2005). Mención honorífica en la Explosión Cultural Bicentenaria (municipio Caroní) con el libro de cuentos titulado *Remansos* (2011). Ganó el Premio Nacional de Cuento Guillermo Meneses, con *Dónde estabas el día en que se cayó la ceniza* (2012). En el 2009 fue publicado su primer libro *El momento y La Llovizna*, que relata la tragedia de los maestros caídos en el río Caroní (parque La Llovizna) el 23 de agosto de 1964. Con *Santa sepultura* se hizo merecedor del premio de la I Bienal Apacuana de Dramaturgia Nacional (2022), convocado por la Compañía Nacional de Teatro (CNT), Centro Nacional del Libro (Cenal) y Monte Ávila Editores.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

ISBN: 978-980-012-605-9

9 789800 126059

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve